

desde el affidamento

Despedida no te doy

María Luisa Mendoza

A firma el maravilloso *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, que Sebastián de Cobarrubias escribió en 1610, en Madrid, de la palabra *Compañía*: “la cosa que es igual a otra, y la compañía presupone igualdad, porque los amigos y compañeros, en tanto lo son en quanto se tratan igualmente, sin hazer diferencia uno de otro; de modo, que mi amigo sea otro yo. . .”

No encuentro más textual definición de lo que es Beatriz Paredes Rangel para nosotros sus por ella iguales. Porque la vida, su tráfigo, su ocurrencia, nos va mostrando la vulgar enemistad que campea en el territorio de batalla donde nos congregamos los seres humanos, los individuos, como nos define la Constitución. La amistad no es nada más cariño, favor, como troquelan los diccionarios comunes, sino algo hondo y misterioso que surge a veces a primera vista y exige un tenaz aprendizaje, enseñarse a amar al amigo, al compañero, por lo que es intrínsecamente en sus diferentes estaturas. A casi todos hay que perdonarles algo, quizá la sequía afectuosa, o el mal de los políticos y los escritores que es la pedantería, la solemne pomposidad. O hasta la traición pequeña o grande, piedrecita del arroz que se cuele en la terrible carrera de la existencia. Muchos iridiscentes humanos consagran su vida a los amigos; mi padre se equivocó —sino de mi stirpe— cuando aseguraba que no tenía hermanos sino amigos.

Beatriz Paredes llegó a mi vera todavía muchacha veinteañera, vestida de mezclilla, ojona, de piel aduraznada y un caudal de cabellos que le daban el aire de estatua esculpida. Lo más emocionante de toda ella era su temperamento, esa cualidad tan poco común, de la pasión, de la arrebatada gana de vivir su patria, de hacerla con la palabra incendiada y los conocimientos políticos, los estudios del hombre de la democracia, sin perderse nunca jamás de los principios que aún a muchos nos

sostienen, erguidos árboles en la tormenta, los principios y las ideas independentistas y revolucionarias. Tal vez somos ilusos, quizás Beatriz como yo, traemos ciertos pomos cerrados de inocencia e ingenuidad, como buenas gentes de pueblo educadas para la casa y la ropa blanca. Tal vez. El caso es que ambas recorrimos, en la compañía, en compañía, el mismo camino, ella preeminente, yo en la ribera de su gran río indómito que iba hacia el océano. Por eso cuando pienso en Beatriz la denomino como un Delta, es decir, el triángulo que se forma en la unión del agua dulce del río y el agua salada del mar. Es también un águila.

La he visto volar muy alto, hermosa y grave, indómita, fiel a sí misma, tercamente impoluta, incazable. Mas quienes la conocemos detenida en la roca, constatamos en el estupor que esa águila imperial es una paloma, un gorrión. Y se debe esta metamorfosis asombrosa, milagrosa, a que Beatriz posee además el santísimo don de la ternura.

Beatriz es y era una muchacha alucinante que viajaba conmigo a Cuba. Los aires de la calma después de la tormenta recorrían ese "lagarto, con ojos de piedra y agua", que dijera Guillén. Ibamos y veníamos en grupo apretado de mujeres, la mayoría esposas de diplomáticos acreditados en México, algunas políticas y su servidora, la de la voz, la única periodista invitada. En aquel calor de ceiba plagada de orquídeas que materialmente nos hacía ver espejismos —lo cual en mí, entre paréntesis, es mi estado natural— llegamos a la Escuela Lenin, aparatosa de niños y jóvenes que estudiaban cuanto hay para el oficio de vivir que les esperaba en la libertad, estrenando propiedad nacional, y los cuales aplaudían y cantaban conforme entrábamos a las aulas.

Al término de aquel recorrido conmovedor se le pidió a Beatriz Paredes que hablara a nombre de las romeras que cuadrulábamos la isla para conocerla mejor (sin ningún símil de lupus con caperuza). Lo hizo. Nunca en mi vida he visto a la Paredes más ígnea, tormentosa, devastadora en los planteamientos que en la América India deberían regresar y regir.

Se trataba ya de potentes definiciones para la conservación de la rebeldía cubana, una especie de profecía matinal deslumbradora. Y no se vaya a creer que no he oído —de oír— a Beatriz. . . tres años la escuché —de escuchar— en la Cámara de Diputados lanzarse a la discusión más severa, al debate argumental, para defender en la tribuna de aquella ejemplar LIII Legislatura, los principios que gobiernan nuestra conciencia patriótica y nacionalista, soberana. O derrotar sin dilación

cualquier intento de mella o desportillamiento a lo que, insisto, nos hace ciudadanos de los Estados Unidos Mexicanos.

Así es que para mí no es novedad esa rectitud de la palabra. En otras ocasiones la he leído, buena escritora cuya cultura está al humilde servicio de los humildes. Sus recados no tienen comparación con las cartas almidonadas que se me envían, ilustres girones de correspondencia por correspondencia, burocracia del lugar común. Y si un día me manda cien docenas de rosas blancas, cita a Martí cuando las cultivaba “ en julio como en enero” . . . O consolando al amigo, que iba a perder una gubernatura y luego y antes todo, porque era su destino, inclusive la vida, le proponía en una tarjeta para el día en que él ganara recorrer el jardín de su ciudad natal con una tambora siguiéndolos. Así es el rosal de su huerto secreto.

La vi como gobernadora. Tan seria, tan lejana en sus informes. ¿Quién la reconocería cuando nos invitó a Huamantla una noche—día con los tapetes de flores a la Virgen y al final la rugiente pelea de gallos a la que me excusé, con su venia? O las tardes de domingo cantando, delante de su corazón la guitarra, sus propísimas canciones con la voz de sus ojos y su idea del amor que no se puede tocar. Y si nosotros conocemos su devenir juvenil en la intimidad, rodeándola como gobernadora en Tlaxcala entre el pajarerío del bosque y las viandas deleitosas que sabe hacer y ordenar, pocos hemos vistola detrás de los muros de la lucha política, de la negociación, de la razón frente a la sinrazón.

Ya estuvo en el intríngulis del partido político al que leal ha servido como lo hizo su padre, político igual que ella. Campeona de la doctrina igualitaria y eficaz en favor de las mayorías a las que pertenece y tantos niegan. No ha dicho despropósito por derechos de pocos sino verdades, como catedral y palacio nacional, por derechos de millones, que eso es entender lo que es la política, no pequeñeces cuentachiles, necesidades pichicatas, la miseria de las banderitas de papel de tantísimos otros.

Fue, como lo merece, subsecretaria de Gobernación, y todos fuimos con ella, porque si está estamos, si gana ganamos. Sobre todo y principalmente las mujeres, nosotras a las cuales con tanta facilidad se puede burlar empedernidamente, tan víctimas de las francachelas vengadoras, tan perfectas para una jugada de ajedrez donde somos las peonas intercambiables. Hoy es embajadora plenipotenciaria en la República de Cuba, y todas las palmeras que se balancean en la isla mágica como armas vegetales de alerta en los suelos que han conocido tantos males que

han sido remediables, la Cuba de Alejo Carpentier y sus pasos perdidos y sus palmas pintadas hasta la mitad, están preparadas para recibir al milagro de ser humano que es Beatriz Paredes Rangel, la moral moradora de los montes y montañas.

Creo —otra necedad mía— que en los instantes cruciales de infinitos momentos de igual peligro cubano, Beatriz será una digna representante de México y de Benito Juárez que nos enseñó su apotegma. Se necesita estar ciego como hoy no lo soy, para no darse cuenta de cuán necesidad es una gente como ella ahora en La Habana , y mañana, y los tiempos que se avecinan. Martí ha de estar satisfecho de su cosecha esta vez.

Por lo pronto los suyos lo estamos, satisfechos, de satisfacer, como insiste Sebastián de Cobarruvias (del verbo satisfacere, Satisfecho: el contento y pagado. Satisfazerse, pagarse de su mano). Aunque perdamos temporalmente la ambrosía y el néctar regalado de sus consejos y estancias.

Grave asunto la vida de las mujeres, e intrincado por doble cuenta la vida de las políticas. O se nos exige más por ser mujeres, o menos por serlo. Se nos desconfía o elimina. Enorme esfuerzo de Beatriz para sobrellevar nuestra condición con dignidad.

Vámonos despidiendo, ya viene lo verde del camino con lo que nos distraían de niños para calmarnos al arrancar el tren. De cualquier manera siempre me he despedido del libro por leer, que es Beatriz, la hacedora que tanto es y lo he dicho hoy, atrevidamente honrada para hacerlo. Ve con bien, dulce flama.

Y no olvidemos la deuda que tiene México con Cuba cuando Don Manuel Márquez Sterling, ministro de Cuba en nuestro país, ofreció a Francisco I. Madero y a Pino Suárez un buque para salvarles la vida antes de su muerte.

Colofón

En los tiempos que corren las mujeres seguimos siendo ajonjolíes de todos los discursos, y al final hay irrevocables liras, endechas y poemas épicos para cantar nuestra igualdad, tomada a costa del sitio de casi veinte siglos, y al fin el reinado. Esto es falso, seguimos siendo las menos y no en cosa contada: en arte, ciencia, administración, política.

Beatriz Paredes habría llegado en cualquier tiempo que imaginemos eternamente siendo Doña Beatriz. Dan ganas de caer en la tentación del *Orlando* de Virginia Woolf, donde un personaje viaja en las distintas eras del mundo siendo el protagonista por antonomasia. Nada más que habríase de añadir, tal resultado del crecimiento espiritual, su otra vez leal fidelidad al origen campesino, y de cómo en la paz ha penado por los surcos milagrosos y los temporales, los riegos y las siembras cosecheras. Ella sí sabe del agro y de los sagrados derechos de los campesinos, de las mujeres paridoras y sufrientes que pueblan y pueblan los valles y las montañas del país al que dan de comer, y por el que se mueren textualmente de hambre. Beatriz sabe.

Sabe... sabe... Y por eso despedida no te doy.